

# SUBJETIVACIÓN DE LA GUERRA: UN CASO DE INDIFERENCIA EN COLOMBIA

José Alexander Herrera Contreras<sup>1</sup>

## Resumen

El presente ensayo es el resultado de un conversatorio realizado en el mes de mayo de 2014, en la Universidad Nacional Abierta y a Distancia UNAD. El ensayo tiene como propósito mostrar que la guerra en Colombia, ha sido subjetivada por medio de la indiferencia. Para tal fin, se exponen dos teóricos que han abordado el tema de los modos de subjetivación; Por una parte, González Rey y por otra Michael Foucault. Finalmente, el ensayo ha sido orientado desde la pregunta por los efectos psicosociales de la guerra en Colombia; sostenido en su mayor parte desde el Informe General del Grupo de Memoria Histórica, del Centro Nacional de Memoria Histórica y otras fuentes teóricas que contribuyeron a la exposición del tema.

Palabras clave:

## Summary

This essay is the result of a conversation held in May 2014 at the National Open and Distance UNAD University. The purpose of the essay is to show that the war in Colombia has been subjectivated through indifference. For this purpose, two theorists who have approached the subject of modes of subjectivation are exposed; On the one hand, Gonzalez Rey and on the other Michael Foucault. Finally, the essay has been oriented from the question by the psychosocial effects of the war in Colombia; Mainly supported by the General Report of the Historical Memory Group, the National Historical Memory Center and other theoretical sources that contributed to the presentation of the theme.

Key words:

<sup>1</sup> Psicólogo Universidad Antonio Nariño. Magister Investigación Social Interdisciplinaria Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Docente- Investigador Universidad Nacional Abierta y a Distancia UNAD. Escuela de Ciencias Sociales Artes y Humanidades ECSAH. Doctorando en Ciencias Sociales. Universidad Autónoma del Estado de México. Correo: [jose.herrera@unad.edu.co](mailto:jose.herrera@unad.edu.co)

## Introducción

“Lo que se perdió queda escrito en el alma. Cuanto más dolorosamente se perdió, cuanto más querido era lo perdido, tanto más arraiga en la memoria.”<sup>2</sup>

El conflicto armado en Colombia, se ha convertido en el fenómeno más vergonzoso y deshumanizante, no solo por sus consecuencias, sino también, por su larga duración. Dicha guerra se ha venido instalando en el imaginario de nuestra sociedad de manera trascendente y casi que perpetuante, es así como desde las generaciones de mitad del siglo pasado, hemos aprendido a vivir y a convivir con esta dinámica de guerra, que mirada desde la estadística, cada día suma más muertos, secuestros y desplazamientos, proyectándose en un país en donde la desilusión y el desarraigo está directamente relacionado con la ausencia de factores protectores a nivel institucional.

En relación con la guerra, varios pronunciamientos se han enunciado desde diferentes discursos (políticos-académicos) en los cuales se ha abordado sus causas y consecuencias a mediano plazo. Con relación a sus consecuencias, la indiferencia por la misma se puede ubicar entre los efectos psicosociales de la guerra. Por una parte, el “Estado Colombiano ha sido frágil en el tema de seguridad, además, la monopolización del territorio, entendido este como la concentración del capital “tierra” ha generado desplazamientos colectivos, toda vez que, en los lugares de mayor riqueza natural, siempre se ha contemplado las miradas latifundistas” (Bello, 2006) Lo que han contemplado la legitimación de distintos mecanismos de autodefensa.

Gloria Naranjo propone el concepto de cultura, no como una forma orgánica ni estructurante como una lengua, en la cual todo está íntimamente interrelacionado, sino cómo un elemento integrador de distintos fragmentos de origen diverso. Así, esta idea de cultura nos pone de presente cómo la mirada debe estar puesta hacia el sujeto de transformación, que supone a la vez continuidad y discontinuidad, inclusión o exclusión. Al respecto menciona “debería hablarse menos de encuentro entre culturas y más de historias de individuos que pasan de una situación a otra y que reciben de varias sociedades y de varias culturas los elementos con que se formará su personalidad” (Naranjo, 2002) De lo anterior, la violencia en Colombia ha filtrado y se ha instalado en los elementos culturales, produciendo no solo la convivencia, sino, además, una extraña parsimonia y casi que legitimidad.

Con relación al desplazamiento, pensado como la consecuencia más inmediata de la guerra, en los territorios en donde actualmente se desarrollan episodios de combate, habitan comunidades que se debaten entre la resistencia y la violencia, la primera se debe en parte a la dificultad para encontrar salidas sostenibles, en términos de seguridad y bienestar, lejos de su orbe. Por otra parte, la presencia de los diferentes actores partícipes del conflicto (grupos guerrilleros-paramilitares-militares) han posibilitado y concebido las peores estrategias de exclusión y de terror, que han prolongado la agudización de la problemática a su máxima expresión; asistimos entonces a la barbarie que cobra el desplazamiento, el cual ha estado precedido por masacres, desolación, injusticia, terror y muerte; en tal sentido, se podría pensar que “no hay desplazados porque hay guerra, sino que hay guerra para que haya desplazados” (Mondragon, 2000).

Bajo este panorama, entre las comunidades que se debaten entre el fuego cruzado, aparecen los grupos

2 William Ospina Trajimos sin pensarlo en el habla de los valles. Revista Palimpsestos Facultad de Ciencias Humanas Universidad Nacional 2002 Pág. 5

indígenas, comunidades afrocolombianas, niños y niñas, adultos mayores, etc.; toda vez que en parte de los territorios donde se libran tan demenciales batallas, esta población se inscribe desde sus territorios ancestrales. Así entonces, la población considerada como vulnerable, que nunca pidieron hacer parte del conflicto, son los que se encuentran ahí... son sus víctimas:

Una degradación acelerada de la vida de la población étnica, dado que el desarraigo territorial altera gravemente su identidad, integridad y cultura. Situación que plantea una impotencia a tal punto que el ordenamiento jurídico nacional e internacional que los protege resulta insuficiente. (ONIC, 2003)

Ahora bien, con relación a las consecuencias psicosociales de la guerra, pensar la indiferencia de la guerra, implica reflexionar sobre sus causas, por una parte se puede establecer que un gran porcentaje de la población colombiana han subjetivado la guerra a través de la indiferencia; por otra parte, la indiferencia de la guerra, como un fenómeno social, señala también la posibilidad de contextualizar que dicha diferencia obedece a factores de miedo, en la medida que las condiciones de seguridad para ser activista político no han sido nunca claras en el marco de la ciudadanía en Colombia.

Desde estas consideraciones, Ignacio Martin Baró, señaló:

Una consecuencia psicosocial muy seria de la guerra, tanto de la sucia como de la psicológica, lo constituye el bloqueo al desarrollo de un tipo de identidad personal que asuma una opción política como horizonte vital. Las personas se ven directamente agredidas en su carácter de sujetos políticos, lo que, en muchos casos, constituye el eje que articula su proyecto de vida. Ceder a la agresión representa una fuente de frustración existencial y de autodevaluación, mientras que resistir a ella supone arriesgar la propia vida y la de la familia. Como señala Lira, Weinstein y Salamovich, la guerra

psicológica propicia la despolitización intencional de las personas. No se trata, entonces, de una indiferencia política de las masas o de un presunto carácter pasivo de los latinoamericanos, sino de una forzosa inhibición de sus opciones políticos-sociales. (Baró, 1990)

El presente ensayo recoge la reflexión por las consecuencias psicosociales de la guerra en Colombia, planteando la indiferencia como su consecuencia con mayor despliegue. En el ensayo se abordan las teorías de Luis Fernando González Rey y Michael Foucault, sobre los conceptos de subjetividad y modos de subjetivación. Finalmente se presenta un diálogo articulado entre la reflexión del fenómeno social de la indiferencia de la guerra y algunos autores que han contribuido en el desarrollo de esta tesis, entre algunos textos se retoman apartes del Informe del Centro de Memoria Histórica publicado el año inmediatamente anterior.

## **I. De la mano con Foucault y Rey: modos de subjetivar la guerra**

Para abordar la reflexión de cómo la indiferencia ha sido una manera de subjetivar la guerra en Colombia, se establece como herramienta teórica a Michel Foucault, y Fernando González Rey, quienes, desde sus distintas disciplinas y corrientes epistemológicas, lograron articular campos teóricos y estrechar un proceso de complementariedad, alrededor de los procesos de subjetivación. Mientras Foucault plantea el proceso de ser sujeto desde lo social (modos de subjetivación), Rey propone una mirada al sujeto cultural, desde su origen y complejidad (subjetividad social). Ante esta dialéctica teórica, y una vez expuestas las teorías de dichos autores, se establecerá un concepto de subjetivación que resulte aprehensible, y sobre todo aplicable a la reflexión que atañe a este ensayo.

González Rey se ubica desde un enfoque histórico cultural, que identifica entre sus aspectos más esenciales, el abordaje de la dialéctica entre el sujeto y la sociedad, con el objetivo de establecer una unidad de comprensión y análisis que determine un proceso articulado entre estos dos factores. El sujeto está históricamente constituido a través de la Cultura. A partir de esta mirada, el autor propone dos categorías que hacen parte del sujeto en la escena social y que vienen a operar de manera articulada, en la teoría de la subjetividad que presenta.

Una de las categorías es la de configuración subjetiva, "Hace referencia a las construcciones del sujeto en un espacio determinado, lo cual se constituye de forma dinámica, a través de elementos de sentido procedentes de distintas experiencias del sujeto a nivel social e individual" (González, 2003). Así, la configuración subjetiva es la reunión de varios elementos puestos en juego en los procesos de construcción de la realidad, los cuales pueden ser dinámicos y contradictorios entre sí. Las configuraciones subjetivas representan formaciones estables generadoras de sentido, en la cual una configuración puede tener diferentes momentos de integración de las otras:

La categoría que hemos utilizado como unidad para el estudio de este complejo sistema, es la de configuración subjetiva, la que definimos como la integración de los diferentes sentidos que se integran de forma relativamente estable en la organización subjetiva de cualquier experiencia. Las configuraciones tienen capacidad de variar en algunos de sus sentidos constitutivos en dependencia del contexto y de la cualidad de la actividad o forma de relación en que se expresa. (González, 2003)

Una segunda categoría es la de sentido subjetivo, la cual está en estrecha relación con las emociones, es decir, todo sentido subjetivo está acompañado de una carga emocional y éste se constituye de forma simultánea en

un proceso de tipo individual y social. Así, por ejemplo, las actividades laborales no siempre están predeterminadas por motivos específicos, sino por sistemas de sentidos que organizan y determinan estas actividades, en una relación constante y progresiva sincrónica y dialéctica de tipo subjetivo. El sujeto aparece en los momentos de producción de sentido, y es a través de estos que vendrá a ejercer su capacidad generadora de nuevos procesos subjetivos; Lo social actúa como estructura productora de sentidos a través de las relaciones que establece el sujeto del pacto social: "Llamamos sentido subjetivo a la unidad constituyente de la subjetividad que integra aspectos simbólicos, significados y emociones en una nueva organización, dentro de la cual estos elementos no tiene relación de causalidad" (González, 2003).

Desde allí, el autor viene a proponer un concepto de subjetividad social, constituido y determinado por las categorías sentido subjetivo y configuración subjetiva. Así, este planteamiento teórico viene a representar a un sujeto inscrito en una dialéctica intersubjetiva, que se encuentra en un proceso de permanente construcción, integrado a su historia y al otro social.

González Rey establece que la subjetividad no es un fenómeno que sólo se presenta en la psique humana, que, de igual manera, el sistema contextual en donde el sujeto se ubica representa un espacio generador de subjetividad, es decir, el sujeto es constituido y es a la vez constituyente, en un proceso de recursividad. En dicho sentido, el autor establece que, al indagar por el origen de toda subjetividad individual, se debe encontrar, necesariamente, un proceso de subjetividad social que antecede la formación individual, es decir, el sujeto es constituido en el curso de su propia historia.

La dialéctica que intenta romper Rey, entre lo individual y lo social, dirigiendo la mirada a un proceso articulado,

le permite configurar nuevos espacios de significación en relación con el sujeto y las prácticas sociales en las cuales se inscribe; así entonces, el complejo tejido social en el que se produce el sujeto representa su fuente de configuración subjetiva. De esta manera aparecen estrechamente relacionados los fenómenos sociales propios de cada espacio social (códigos, reglas, hábitos, determinaciones morales, organización del sentido común, procesos implícitos de cogniciones colectivas, etc.). Estas configuraciones se han de materializar en un proceso interrelacionado (social-individual) que determinará nuevas representaciones, delimitando subjetivamente los espacios sociales en los que actúa el sujeto.

De acuerdo a lo anterior, los comportamientos institucionalizados, las representaciones sociales, los códigos emocionales etc., harán referencia a producciones sociales en tanto que se expresan en un contexto subjetivo-social. En este sentido, los sujetos involucrados en contextos sociales particulares, vehiculizarán sentidos y significados que, se articulan en las configuraciones subjetivas donde se reproducen y constituyen dichos sujetos. Así mismo, el autor considera pertinente establecer el concepto de subjetividad social, como una categoría de análisis, toda vez que este permite abordar la dimensión subjetiva puesta en la escena social, según los diferentes contextos en que se organiza a través de su proceso histórico. Esta visión teórica, manifiesta González Rey, posibilita trascender la dialéctica entre lo subjetivo y lo social. En este sentido, el valor heurístico de dicha teoría permitiría visualizar e intervenir en los complejos y ocultos fenómenos sociales.

Desde el concepto de subjetividad social, la apuesta de González Rey, es lograr establecer un proceso articulado, es decir, considerar al sujeto en su particularidad, como un ser inmerso en un contexto, que lo determina y lo estructura en su realidad social:

La teoría de la subjetividad social que asumo rompe con la representación que constriñe la subjetividad a lo intrapsíquico y se orienta a una representación de la subjetividad que en todo momento se expresa en la dialéctica entre el momento social e individual, este último representado por un sujeto implicado de forma constante en la procesualidad de sus prácticas, de sus reflexiones y de sus sentidos subjetivos. (González, 2003)

El sujeto que concibe González Rey, es un sujeto que representa un momento de contradicción y confrontación, no sólo con lo cultural, sino con su propia constitución subjetiva; lo que representa un momento generador de nuevas y cambiantes prácticas: "La aparición de nuevas prácticas sociales es una fuente esencial en la creación de nuevos modos de subjetivación" (González, 2003)

Con relación Michael Foucault, él puede ser considerado como uno de los teóricos más influyentes en el tema de la subjetividad. A través de su obra expone ciertos modos de subjetivación que se instalan en las prácticas sociales concretas, por medio de las cuales, se ha vehiculado la constitución de los sujetos en diferentes épocas históricas. Foucault parte de las relaciones de poder y del ejercicio de las mismas en la escena social, descubriendo que dichas relaciones interactúan y producen subjetividad, es decir, sujetos.

Para este autor, el sujeto, está sometido al poder y al saber de su historia, de su tiempo, y en ese sentido, el sujeto "convencional" se constituye en cada contexto, orientado por los principios éticos que estén determinados en dicho espacio social; así mismo, este sujeto es un conjunto de variables del enunciado derivadas del lenguaje, pero este sujeto no sólo está estructurado desde un orden discursivo, sino, además, desde las positividades-verdades, que constituyen su realidad social.

Este “juego” de producción de sujetos, viene a operar a través del poder y del saber; sus estrategias son finamente construidas y detalladas, con él ánimo que se haga imperceptible, y en ese sentido, circule en el tejido social de manera legítima e institucionalizada. El autor concibe el poder como un diagrama en el que interactúan fuerzas en una lógica dialéctica, es decir, que son a la vez activas y reactivas. En relación con el poder foucaultiano se plantea lo siguiente:

Lo que hace que se acepte es simplemente que no pesa solamente como una fuerza que dice no, sino que de hecho produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos. Es preciso considerarlo como una red productiva que atraviesa todo el cuerpo social más que como una instancia negativa que tiene como función reprimir. (Díaz, 1993)

Uno de los modos de subjetivación que identifica Foucault hace referencia a la norma, es decir, los dispositivos de control impuestos en las relaciones sociales. Códigos morales, y valores, se vienen a instalar de manera inconsciente en el sujeto determinando sus comportamientos y, orientando su pensamiento frente al mismo y frente al otro, regulado por la convencionalidad del contexto en el cual se desenvuelve. Es el discurso “normativo” articulado a través de la aparente uniformidad puesta en escena en las instituciones, (religiones, formas de organización política y financiera, etc.), el que opera en las relaciones sociales ejerciendo su coacción a través de los mecanismos de control. Así entonces, es “otro-sujeto supuesto saber” el que vendrá a castigar las conductas que transgreden las normas sociales creadas “represivamente” y configuradas en lo real por medio de las instituciones y discursos morales castradores: “La sociedad se torna disciplinada, los hospitales, las cárceles, las fábricas, los ejércitos y los colegios se disciplinan. El patrón de medida será la norma” (Díaz, 2003).

De igual manera, otro modo de subjetivación que propone el autor es la sexualidad. Este dispositivo apunta directamente al control del deseo en su máxima expresión; así entonces, el control de la sexualidad infantil (masturbación), el control sobre las perversiones (criterio de orden moral), inclusive el control sobre, la vida (tasa de natalidad-planificación familiar, prohibición del aborto, etc.), se vehiculiza y ejerce a través de la vigilancia sobre la sexualidad. Aparece así el poder y la verdad sobre la sexualidad del sujeto, como uno de los modos de subjetivación que se ha extendido y, penetrado en los hilos más delgados de todas las sociedades: “No hay tal sexualidad antes de que se instauren discursos sobre ella, hay positividad, hay prácticas, ambas se entretajan en los discursos y generan sexualidad, giran en y alrededor del cuerpo. Tienen que ver con el deseo” (Díaz, 2003).

En relación con el cuerpo, este representa en lo real el ejercicio del poder y del saber sobre el sujeto. El cuerpo en la medida que está atravesado por lo simbólico, se hace imprescindible; En el cuerpo se establecen dispositivos de control y de poder como parte del sometimiento puesto en la lógica represora. Así, se articula el cuerpo disciplinado y el sujeto en una relación dinámica y dialéctica en el que su único fin será la posibilidad de subjetivación en ese cuerpo simbólico. De nuevo es el sujeto supuesto-saber el que determina la enfermedad, atravesándolo en lo simbólico y matándolo en lo real, o quizás, adoctrinando el cuerpo en lo físico para buscar al sujeto en su inconsciente.

El ojo panóptico ejerce su poder desde las bases de la sociedad, en donde las relaciones de poder potencializan los cuerpos y disciplinan a los sujetos. El cuerpo en su profundidad no se encuentra reprimido en un orden social, sino fabricado cuidadosamente con toda una táctica de fuerzas y estrategias:

El cuerpo tiene historia, hace historia y así mismo está determinado por ella. En la actualidad muchas miradas se posan sobre el cuerpo, generándose varios decires sobre este, se habla entonces desde diversos aires y posturas. La mirada hacia él se hace omnipresente. Exceden las intervenciones, las técnicas que lo desea correcto, por no decir perfecto. En el mundo contemporáneo se le exige sano, bello y armónico; se pretende de él su máximo rendimiento, su lozanía su eterna juventud; son estas las condiciones de éxito, buscando su omnipotencia y poderío se le arma. (Díaz, 2002)

Así pues, los sujetos están sometidos a prácticas sociales, articuladas por estrategias de saber y de poder que sé vehiculizan y estructuran a partir de relaciones donde la producción de la verdad, genera dominios de saber. Esos nuevos dominios producen nuevos objetos de estudio, esos nuevos objetos de estudio generan nuevas fuerzas de ejercer el poder. Dichas verdades y poderes siempre cambiantes y periódicos, constituyen a su vez nuevas formas de subjetivación, es decir, nuevas maneras de ser y pensar en el mundo.

De lo anterior se puede establecer que el sujeto foucaultiano está sometido a relaciones de poder y de saber, que, vienen a operar a través de las prácticas establecidas en determinados contextos y espacios sociales. Todo esto se viene a instalar a través de modos de subjetivación que estructuran colectivos y disciplinan individualidades. Es la norma, el saber, el cuerpo, la sexualidad, algunos de los modos de subjetivación que identifica este autor, para quien, el sujeto es un actor principal que, observado bajo la máquina panóptica, regula y prolonga su estado de dominación, toda vez que es el mismo sujeto el que configura el poder, siendo él parte de su engranaje.

Así, las condiciones de operar sobre la realidad impuesta y ser sujeto por fuera del pacto social son escasas, en la medida en que los sujetos que actúan

sobre los otros sujetos, producen dispositivos fríamente calculados pero sólidos a la vez; que se entrecruzan en prácticas discursivas y no discursivas y que vienen a estructurar al sujeto en su profundidad, es decir, en sus modos de subjetivar sus escenarios sociales. "En otros términos, en vez de preguntarse cómo aparece el soberano en lo alto, procurar saber cómo se constituyen poco a poco, progresiva, real, materialmente los súbditos" (Foucault, 1976).

Una vez expuestos estos dos autores y sus respectivas teorías, se podría establecer semejanzas y diferencias entre los mismos. Entre las semejanzas, se encuentra que el concepto de subjetividad hace referencia a un proceso intersubjetivo en constante co-construcción, en donde el sujeto es constituido y es constituyente de su realidad social y de su realidad psíquica. Atendiendo a lo que González Rey plantea, la subjetividad social se instala como un sistema complejo que configura al sujeto y los espacios de la vida social. De la misma manera Foucault, propone que el sujeto establece su realidad a partir de las lógicas de poder y de saber que le determinan su subjetividad, es decir, el sujeto del pacto social es aquel que logra identificarse en un proyecto convencional y dependiente de un colectivo.

Con relación a las diferencias, Foucault plantea que el sujeto se constituye a través de los modos de subjetivación, los ejercicios del saber y del poder, han venido operando en las diferentes épocas históricas mediante la determinación de modos de subjetivación, es decir, cada época y contexto histórico ha determinado los sujetos que necesita, orientados por las verdades y los poderes establecidos. Por su parte, González Rey le asigna un papel preponderante al sujeto y a su estructura psíquica, señalando que el sujeto se estructura a partir de su individualidad, y de la relación que establece con el otro social, en un proceso de construcción subjetiva.

Tanto González Rey como Foucault, identifican que el sujeto no está únicamente sometido a su inconsciente, sino, además, a su realidad social. Reconocer este proceso dialéctico implica pensar al sujeto como un individuo que se estructura y se determina a partir de sus experiencias sociales, que adquiere sentido y significado en su constitución subjetiva. En ese sentido, los comportamientos establecidos dentro de un contexto social corresponden a innumerables productos de otros integrantes de ese mismo espacio social, los cuales, son preservados a través de los distintos modos de subjetivación que vienen a operar por medio de prácticas sociales, que impone cada contexto, es decir, cada espacio social propone diferentes modos de subjetivación.

Según lo anterior, la sostenibilidad de la sociedad radica en que los sujetos sean predominantemente “disciplinados”, pues: “La tragedia llega cuando el sujeto descubre, consciente o inconscientemente, que está jugando un juego perdido de antemano en el que el confiaba encontrar el complemento” (Larrauri, 2005). Desde este punto de vista la subjetividad se instala como el puente articulador entre el sujeto y su realidad; de esta manera el sujeto se estructura a partir del otro social y del Otro, en un proceso complejo y dinámico. Así, el sujeto se estructura a partir del lugar que asume con relación a las lógicas impuestas en lo social: el poder y el saber.

Por otra parte, los elementos de sentido que comparten los sujetos en determinadas culturas son cambiantes mas no estáticos, así pues, la subjetividad individual y social son procesos articulados que se integran a través de configuraciones subjetivas y que operan en la subjetividad social, vehiculizando conductas, imaginarios, y representaciones que son finalmente lo que permite que el poder-saber, se abra paso y estructure a los sujetos en sus prácticas, intimidadas, pensamientos y hasta en su vida misma.

Así, el sujeto, sometido a su espacio y a su tiempo determinado, experimenta su diferencia, su conducir, su llevar las cosas unas a otras y su ser-llevado. Es distinto a los otros, y al experimentar su malestar, presente su insatisfacción. Sabe que su historia arrastra un tiempo y un lugar: es sujeto en despliegue y en mutación. Que sólo puede experimentar su radical forma de subjetivar su realidad social; una realidad, por cierto, tan radical como amenazada, tan puesta continuamente en estado precario, debido a su propia subjetividad y, al otro, quien le dictamina y le constituye a través de los diferentes modos de subjetivación que le impone.

De lo anterior, si tomamos las categorías de Foucault y Rey, para analizar cualquier proceso histórico de construcción de subjetividades, estas categorías nos permitirían identificar los diferentes modos de subjetivación que operan en los distintos contextos sociales. Dicho proceso dialéctico, complejo y estructurante, entre el otro social y el sujeto, permite la configuración de nuevas subjetividades, en donde el sujeto logra identificarse, articularse y hacerse partícipe de su realidad. Dicha realidad social está gobernada y orientada por lógicas de poder que se instalan en los sujetos y determinan sus comportamientos, sentimientos, y en fin, la vida misma; lo que se presenta es una amplia posibilidad de articular la indiferencia de la guerra en Colombia, como un modo de subjetivar la guerra, es decir, la guerra como una realidad social, se expresa en un modo de subjetivación a través de la indiferencia: Con relación a esta última afirmación, se expondrá a continuación algunos elementos que se espera, soporten la afirmación. “Uno llega a ser sujeto a través de una serie de interdicciones y permisos que inscriben la propia subjetividad en una base pétrea de poder, es un proceso de negociación entre estratos, sedimentaciones, registros del habla y estructuras de enunciación” (Braidotti, 2000).

## 2. Efectos psicosociales de la guerra: la indiferencia.

En Colombia, la indiferencia se puede precisar ha sido la que ha cobrado mayor dimensión; su despliegue ha filtrado todos los escenarios sociales, constituyendo así una sociedad profundamente resquebrajada a nivel emocional, cultural, político y moral. Desde estas consideraciones, la violencia articulada a través de situaciones de horror, indefensión, humillación, sevicia y crueldad en donde todo límite ha sido sobrepasado por la perversión, ha dejado a su paso proyectos de vida de miles de personas y familias destruidas, ha instituido el miedo, sembrado la desconfianza en lo colectivo y finalmente ha permitido subjetivar la guerra por medio de la indiferencia frente a la misma. Además,

La ferocidad de la guerra altera el mundo de las personas y de las comunidades, que provoca emociones, pensamientos y conductas inusuales mediante las cuales las víctimas y los grupos intentan hallar sentido, explicar, afrontar, controlar y sobrevivir. Son situaciones extremas que obligan a reaccionar de una manera distinta a la habitual, que causan sufrimiento intenso y pueden causar impactos duraderos en diversos ámbitos. (GMH, 2013)

La forma en como ha sido desarrollada la guerra en Colombia, llama la atención sobre la involucración de distintos actores que han terminado acumulando más razones para sostenerlo; Los grupos de guerrilla en su apuesta por la justicia social, los grupos de autodefensas en su respuesta para hacer frente a la guerrilla, el narcotráfico como garante del sostén económico de la guerra, y la participación política de grupos de derecha e izquierda, han generado las condiciones no sólo para postergar la guerra en un proceso de larga duración, también para generar una crisis de sin salida ante la emergencia de nuevas formas de violencia derivadas de la guerra.

La lógica de la guerra ha sido instituida en el imaginario colectivo de los colombianos, reflexionar frente al como extrañamente ya no nos sorprende una masacre, el secuestro, una bomba, el desplazamiento forzado, convoca la pregunta por el paradero de asuntos como la dignidad, el reconocimiento a las víctimas y el no silencio ante los actos de barbarie; Lo cual evidencia la aceptación de la guerra como algo "normal". Además, la imposibilidad de movilización de la sociedad en general por miedo a represalias desde los mismos actores estatales, la pérdida de pluralidad política, la desintegración de tejidos comunitarios y por supuesto la indiferencia hacia la construcción de un proyecto de nación, que en ocasiones asoma una muestra fugaz, a través de una camiseta, por motivo de un partido de fútbol de la selección Colombia, han dado como fruto la legitimidad de la guerra, desde la cotidianidad, pasando por todas las estructuras sociales, para ser finalizada en la masificación de la misma, como estrategia política.

Sumado a lo anterior, identificar que la guerra en Colombia ha sido subjetivada a través de la indiferencia, señala la apertura para encontrar las razones con relación al terror, la devastación y el miedo generalizado en la población.

Ahora bien, y teniendo en cuenta que toda impunidad es inmoral, los testimonios y las experiencias de las víctimas dejan claro que la guerra les ha impuesto una impunidad política, social y moral. Las víctimas despojadas y ultrajadas no tuvieron capacidad para hacer valer sus derechos, porque la autoridad no se hizo responsable por las vidas de la ciudadanía, porque la guerra rompió los límites legales y morales de las relaciones sociales y todas las acciones encontraron algún tipo de justificación en este contexto. Por otra parte, la larga duración de este conflicto armado ha generado una suerte de acostumbramiento social que favorece las explicaciones fáciles y estereotipadas que miles de colombianos y colombianas hacen sobre lo acontecido, y que circulan por los medios

de comunicación. La indolencia, recae de nuevo sobre las víctimas en forma de una nueva agresión y agudiza su desamparo. De ahí el reclamo de muchas de ellas para que sean vistas, asumidas, defendidas y atendidas como ciudadanas. Las víctimas tienen claro que su experiencia hizo frágil la democracia y que la impunidad frente a los crímenes cometidos se cierne como una amenaza contra la integridad de cualquier persona o grupo, disminuyendo las posibilidades de consolidar garantías de no repetición de los hechos de violencia. Es esta vulnerabilidad de la sociedad colombiana, entre otras razones, lo que invita a tratar la causa de las víctimas, a hacerla suya, y a tener la capacidad de defender para ellas lo que la ciudadanía en general reclama para sí. (GMH, 2013)

Desde una mirada institucional, algunas organizaciones gubernamentales y no gubernamentales han perfilado programas para la atención a las víctimas, sin embargo, dichos programas se agotan en su propósito, al abordar la dimensión psicosocial del conflicto; Toda vez que la no confianza en las instituciones estatales ha llevado al ocultamiento de la verdad y al silencio por parte de las víctimas. En este sentido, la Corporación AVRE en su proceso de acompañamiento psicosocial y atención en salud mental, a víctimas de la violencia política, ha concluido entre otras cosas lo siguiente.

Ante las falencias crónicas que el Estado ha evidenciado en la consolidación de derechos para las comunidades victimizadas, es necesario que los espacios de coordinación e incidencia que articulan a organizaciones de víctimas y defensores de los derechos humanos, entre otras, continúen en dinámicas de fortalecimiento acompañadas con las acciones de exigibilidad. Los avances en materia de justicia y verdad, impulsados principalmente desde la sociedad y sus organizaciones, aunque han sido lentamente adoptadas en el seno estatal, han sido suficientes para motivar a muchas víctimas a romper progresivamente con los cercos del silencio y temor, a organizarse, exigir, y denunciar. (AVRE, 2013)

Bajo la comprensión de los efectos psicosociales, los daños emocionales son registrados en la memoria de las víctimas, a través de sus cuerpos, que han sido violentados en la significación del mismo.

El cuerpo es un lugar del discurso en el cual emerge lo dicho y lo no dicho; igualmente, es el lugar de un discurso que guarda las huellas de fantasmas pasados; entonces el cuerpo es depositario de la memoria y, por ende, de imágenes cargadas de emoción. (Lara, 2010)

Además, en el marco de los efectos psicosociales de la guerra, la indiferencia institucional que comportan y comparten las entidades estatales encargadas de brindar protección, opera en forma pasiva y tardía frente a la impunidad y la no aplicación del castigo, que suponga algo de cambio para lograr tramitar el duelo y restaurar el pacto social. "Los representantes de la autoridad tiene el encargo de posibilitar la tramitación de la rabia que inunda el ánimo de la víctima" (Mejía, 2005)

Así pues, se puede afirmar que la indiferencia frente a la guerra desde lo público y lo privado, ha permeado todos los escenarios sociales en una realidad social llamada Colombia; y que sin duda estamos asistiendo a una degradación del escenario bélico, que no ha reparado en agredir sin respeto por el género, edad, raza y que ha sembrado en forma efectiva la anulación del otro, en lo imaginario y en lo simbólico. La crisis humanitaria que se agudiza y profundiza con el aumento de personas en condición de desplazamiento, o personas que han sido y son extorsionadas, o las víctimas que han sido re victimizadas por el acoso de agentes estatales, plantean un panorama de muchas incertidumbres, frente a posibles acuerdos de paz, sin antes de haber resuelto las causas que han sostenido la guerra en Colombia. "La violencia y la exclusión van produciendo unas nuevas formas de habitar, de relacionarse, desde el anonimato y el desarraigo" (Pérgolis, 2002).

### 3.A Manera de Conclusión

En el horizonte para perfilar algunas conclusiones, se puede decir que, entre los efectos psicosociales de la guerra en Colombia, la indiferencia frente a la guerra se vislumbra como la más pesada, con relación a los efectos que ha producido a nivel general; sin embargo, la indiferencia frente a la guerra ha sido nutrida por el silenciamiento de la misma, por un enfoque erróneo de conflicto que ha legitimado un sin número de prácticas y abusos, en nombre de garantizar la seguridad a unos pocos. El no silencio de las víctimas, la comprensión y conciencia de los que a su paso ha dejado la guerra en Colombia, la aceptación del conflicto armado, el reconocimiento como pueblo frente a una problemática social y la garantía de un Estado hacia el bienestar de sus ciudadanos; abrirán el camino hacia una especie de válvula de escape, que fundamentalmente tendrá una mirada constructivista, en un futuro fundado por la no indiferencia y lejana del miedo, para que por fin y de una buena vez, el significativo paz ofrezca una real oportunidad de cambio social.

En conclusión, para Galtung la paz es el “despliegue de la vida” que se desarrolla en un contexto de desafío permanente, dado que no se puede negar la existencia del negativo. La paz crece a la sombra del negativo a veces valiéndose de este. En este sentido Galtung concebirá al concepto de la paz más como suelo que como techo, porque cuanto más se detalla la paz, cuanto más rica y específica es su definición, menor será su consenso. (Percy, 2009)

Finalmente, más que la guerra es la indiferencia la que nos está matando, pensarnos ajenos a una guerra en la cual hemos nacido y de la cual somos parte, por la indiferencia nos reclamarán las generaciones futuras, por nuestras constantes equivocaciones y olvidos. Los Mamos de la Sierra Nevada de Santa Marta, han comprendido

que cuando un indígena nace el círculo se amplía, y que cuando un hermanito menor nace, el círculo se estrecha; habrá que someter las causas de nuestros infortunios al descuido por nuestros hermanos menores y por nosotros mismos, una nueva forma de comprender nuestra realidad social y nuestros problemas tendrá que emerger y de esta manera nos permita una segunda oportunidad sobre esta tierra. “No tiene que ser a través de las armas, sino mediante el diálogo, mediante la reflexión, mediante la confesión, mediante el saneamiento espiritual como se solucionarán los conflictos” (Arias, 2002)

### Referencias

- Arias, J. (2002). Desde el corazón del mundo. Una visión propia sobre el poder, la autoridad, la espiritualidad y el desarrollo. En Sabiduría, poder y comprensión. América se repiensa desde sus orígenes. UNESCO. Siglo del Hombre Editores. Bogotá.
- Bello, M, N. (2006) Comentarios realizados en el marco del seminario. Desplazamiento y conflicto llevado a cabo en la Universidad Nacional. Octubre 2006
- Braidotti, R. (2000) Sujetos nómades. Editorial Paidós. Buenos Aires pág. 89
- Centro Nacional de Memoria Histórica. ¡BASTA YA!!!: Memorias de guerra y dignidad. Informe General del Grupo de Memoria Histórica. Bogotá: Imprenta Nacional 2013
- Corporación AVRE. (2013) Acción colectiva y transformación. La dimensión política del acompañamiento psicosocial. Bogotá
- Díaz, C, L. (2002) Desde el jardín de Freud. Revista de psicoanálisis Universidad Nacional Bogotá Pág. 41
- Díaz, E. (1993) Michael Foucault, los modos de subjetivación. Colección perfiles. Editorial Almagesto. Buenos Aires.
- Foucault, M (1976) Defender la sociedad. Fondo de cultura económico de Argentina. Buenos Aires 1997

- González, R, L, F (2003). Sujeto y subjetividad, una aproximación histórico cultural. Ediciones paraninfo. México.
- Larrauri, O, G. (2005) Breves reflexiones psicoanalíticas en torno a la subjetividad moderna. México. pág. 45
- Lara, S. (2010) Potencial de las narrativas en la investigación de subjetividades de las y los jóvenes desvinculados de los grupos alzados en armas en su proceso de reintegración a la vida civil. En Revista Internacional de Investigación en Educación 2 (4) 357 – 370
- Martín, B.I.(1990) De la guerra sucia a la guerra psicológica: el caso de El Salvador. En Psicología social de la guerra. Editores UCA. San Salvador. El Salvador.
- Mejía, C,M,P (2005) Efectos psíquicos de la impunidad. En Revista de psicoanálisis desde el jardín de Freud. Universidad Nacional de Colombia. Escuela de estudios en psicoanálisis y cultura. Facultad de Ciencias Humanas. Bogotá.
- Mondragón, H. (2000) Relatifundización, megaproyectos y campesinos en Colombia. En CODEES Seminario Internacional Desplazamiento Conflicto Paz y Desarrollo
- Naranjo, G. (1992) Que es la democracia. México Fondo de cultura económica Pág. 204
- Organización Nacional de Indígenas de Colombia (2003) El desplazamiento indígena en Colombia. Bogotá
- Pérgolis, J.C (2002). La ciudad del desarraigo. En Revista de la Facultad de Ciencias Humanas. Palimpsestus. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.
- Percy, C.C (2009) Teoría de conflictos de Johan Galtung. En Revista de paz y conflictos número 2. Universidad de Granada. España pp 60 - 81